

hijo durante su infancia, á ejemplo y con el buen éxito de la reina doña Blanca, que no obstante el gran cariño que le profesaba, preferiría verle muerto á saber que habia cometido un solo pecado mortal. Mas la resolución de Francisco distaba tanto de las ideas de aquellos padres cariñosos, que la primera noticia que tuvieron de ella causóles una cruel sorpresa. Muy terrible, pues, fué para la virtud del jóven conde verse precisado á desagradar á un padre y á una madre á quienes nunca habia dado el menor disgusto, y que por su parte le habian procurado siempre todo el bien imaginable. Pero fué fiel al Señor, y aunque hizo recibiesen la nueva de su resolución por medio de su primo Luis de Sales, eclesiástico piadoso y prudente que se habia asegurado de su vocacion, sostúvola él despues por sí mismo con una firmeza que bastó para que juzgase su padre ser aquella la voluntad de Dios y que serian inútiles cuantos esfuerzos opusiese á ella.

Al mismo tiempo rehusó la dignidad de senador que le daba gratuitamente el duque de Saboya, bien informado de su mérito. En vano le representaron que no era incompatible con el estado que queria abrazar, y que acababa de poseerla un eclesiástico muy digno, pues tornó á echarse á los pies de su padre suplicándole que no pusiese límites á su descendencia, y que llevase á bien que se consagrara todo entero á las funciones de un ministerio para el cual apenas bastan todas las facultades del hombre. Tambien pretendió renunciar su derecho de primogenitura; pero el conde y la condesa se empeñaron en que habia de conservarle. Mucho trabajo costó conseguir que aceptase el deanato del cabildo de Ginebra, que su virtuoso pariente Luis de Sales le habia obtenido en la corte de Roma, porque deseaba vivir sin beneficio con solo su patrimonio, y ocupar el último puesto en la casa del Señor. Su fervor le atrajo generales elogios, y no obstante hicieronle aceptar una dignidad

que le venia únicamente de la Providencia, como que nunca le habia ocurrido el pensamiento de solicitarla.

Algun tiempo despues se le confirieron las órdenes sagradas sin observar, aunque él lo deseaba mucho, los intersticios acostumbrados, porque el piadoso obispo de Ginebra Claudio Granier, que conocia la virtud y los talentos del ordenando, y que parece adivinó desde entonces que algun dia habia de ser su sucesor, creyó no debia perder un momento en aplicar á la edificacion pública un ministro, cuyas funciones parecian tan útiles á la Iglesia. Francisco, revestido de las órdenes sagradas y de aquel espíritu principal del sacerdocio que mueve á los ministros del Altísimo á derramar la doctrina de que son depositarios sus labios, recorrió desde luego las chozas y caseríos de las inmediaciones de Annecy para instruir á una infinidad de gentes tan groseras que profesaban la fé católica y apenas tenian noticia del cristianismo. En muy corto tiempo trocó las costumbres del pais entero, y tornó á florecer la piedad en unos sitios en que la mezcla y trato de los hereges habia establecido casi enteramente la irreligion; pero estos no eran, por decirlo asi, mas que unos preludios de los útiles trabajos en que iba á ejercitarse.

Durante la guerra de Francisco I con el duque de Savoya, los suizos del canton herético de Berna y la república de Ginebra habian usurpado á este principe el ducado de Chablés y los bailliages de Gex, Terny y Gaillard. Concluida la paz, obligóseles á restituirlos; pero lo hicieron con la cláusula espresa de que no se restableceria en ellos la Religion católica que habian destruido. Sin embargo, estos cortos Estados, que en cierto modo tenian sitiada á la ciudad de Ginebra y ponian en un riesgo continuo la independecia que se habia arrogado, la causaban crueles inquietudes. Cuando murió el duque Manuel Filiberto, incitó ella á los suizos á quebrantar el tratado que habian hecho con este principe, y de acuerdo con ellos se

apoderó segunda vez de dichos paises. Esat nueva usurpacion solo sirvió para cubrir de oprobio á los usurpadores y hacer mas infeliz su suerte; porque Carlos Manuel, hijo y sucesor de Filiberto, puso en pie con tanta prontitud un ejército formidable, que se rindieron á él sin oponer ninguna resistencia. Entró pues otra vez en posesion de todo lo que le habian quitado, dejó buenas guarniciones en las plazas conquistadas, y viéndose libre de las cláusulas del primer tratado, así por el perjurio de los infractores, como por su nuevo derecho de conquista, no pensó mas que en restablecer sólidamente la Religion católica en los dominios que acababa de recobrar.

Con este objeto escribió al obispo de Ginebra que eligiese eclesiásticos á propósito para una obra tan buena, y ofreció sostenerlos con toda su autoridad. El obispo congregó inmediatamente el clero de la ciudad y de las aldeas, les manifestó la abundante mies que se presentaba á su celo, mostróse dispuesto á ir delante de ellos, sin que le sirviesen de obstáculo sus enfermedades ni su avanzada edad, y les exhortó de un modo patético á que secundasen sus deseos. Admiró y consternó este discurso á todos los concurrentes, quienes no consideraban mas que los trabajos y peligros á que iban á esponerse. Observaban todos un triste silencio, á escepcion del dean, y estaban con los ojos clavados en tierra, temiendo encontrarse con los del prelado y llegar á una confesion formal de su pusilanimidad.

Pero Francisco no solo se ofreció á acompañarle, sino tambien á evitarle las fatigas que no podia sufrir á causa de su avanzada edad, y á ser el gefe de la mision, si le creia capaz de ello. Añadió á esto, que el primer pastor, prescindiendo de la fuerza ó de la debilidad del cuerpo, era deudor á toda la diócesi, y aun mas á la parte fiel del rebaño que á la parte rebelde; que además convenia ir al principio á sondear las disposiciones de aquellas ovejas descarriadas; que para esto era suficiente un

corto número de colaboradores que quisieran acompañarle, y que, segun el éxito, podria ir despues un número mayor, y aun el mismo obispo. Reuniéronse todos para detener al obispo, á cuya caridad se hizo una especie de violencia; pero nadie se ofreció á acompañar al generoso dean, escepto Luis de Sales, aquel virtuoso pariente que habia contribuido con tanto empeño á remover los obstáculos que se oponian á su vocacion. El obispo de Ginebra y todos los amigos y parientes de Francisco y de Luis mostraron á estos la mayor inquietud al verlos resueltos á marcharse solos, y principalmente cuando vieron que se marchaban en efecto como dos ovejas inocentes á las guaridas silvestres de aquellos montañeses, no menos temidos que los lobos feroces; pero fueron en vano todos los esfuerzos para disuadirles de ello. Francisco trató de moderar por lo menos el sobresalto de sus parientes; mas observando que nada conseguia con todos los recursos de la elocuencia, cogió á Luis de la mano y le dijo: «Vamos á donde Dios nos llama. Mas de un combate hay en que solo se vence con la fuga. Si nos detenemos mas tiempo desfalleceremos y abandonaremos á otros ministros mas fieles el premio que nos espera.» Sus parientes admirados no tuvieron ánimo para detenerle. El conde, su padre, fué siguiéndole á lo lejos, y habiéndole perdido de vista, volvió á consolar á la condesa (1592).

Cuando ambos misioneros se vieron en libertad y próximos á poner el pie en el campo que se abria á su celo, volvióse Francisco á su primo, y abrazándole con cariño le dijo: «Me ocurre un pensamiento. Nosotros vamos á desempeñar las funciones de los Apóstoles, y debemos tratar de imitarlos con toda puntualidad. Despachemos nuestros caballos, caminemos siempre á pie, y contentémonos con las cosas que sean absolutamente necesarias.» Habiendo consentido en ello Luis de Sales, encamináronse, acompañados de un solo criado, á la fortaleza de Alinges, puesta en la cima de un



monte aislado, y defendida con una buena guarnicion para tener subordinado aquel pais. Era este el único sitio seguro que tenían los dos misioneros, y por mucho tiempo viéronse obligados á guarecerse en él todas las noches, ya para hallar un hospedage, que en cualquiera otra parte se les habria negado, y ya para decir misa, porque habria sido imprudencia celebrar el santo sacrificio en medio de unos sacramentarios feroces. No obstante, Alinges distaba dos leguas largas de Tonon, capital del Chablés, donde los misioneros ejercian principalmente su celo; de suerte que andaban cuatro leguas diarias por un pais inculto, sufriendo frios crueles, hollando nieves y hielos, y afrontando mil contratiempos que los obligaban algunas veces á andar errantes hasta muy entrada la noche. Mas esto no fué capaz de mover á Francisco á variar de resolucion. Por no dejar de celebrar los sagrados misterios pasó por espacio de mucho tiempo un torrente profundo por encima de una viga cubierta de hielo, agarrándose á ella con manos y rodillas, y esponiéndose al riesgo continuo de rodar á aquel abismo.

Por grandes que fuesen los obstáculos que le presentaban los elementos y la naturaleza del pais, puede decirse que todo esto era nada en comparacion de la fiereza de los habitantes. Al presentarse Francisco en Tonon, bajo los auspicios del soberano, los magistrados recibieron las credenciales con grandes demostraciones de respeto en la apariencia, pero por bajo cuerda prohibieron con mucho rigor ir á oírle y tener la menor comunicacion con él. Decíase públicamente en la ciudad, y aun con mas audacia en los pueblos inmediatos, que era el enviado del anticristo de los romanos, y que se le debia tratar de modo que no le quedase gana de volver por allí. En Ginebra, distante cuatro ó cinco leguas de Tonon, opinaban que convenia volver á tomar las armas, implorar de nuevo el auxilio de los suizos, y no perder tiempo en

alejarse de cualquier modo que fuese á aquel temerario papista. Llegaron al extremo de decidir que era lícito matarle si no habia otro arbitrio para desbaratar su proyecto. Por lo menos consiguieron que huyesen todos de él, de tal suerte que estaba tan solo en medio de Tonon como si residiese en la soledad mas inhabitada de todo el pais.

Sin embargo, no dejaba de ir allí todos los dias, del mismo modo que si tuviese que cojer los frutos mas copiosos, y algunas veces con un temporal tan recio que ni aun los aldeanos mas valerosos osaban abandonar sus cabañas. Ni aun la oscuridad de la noche le causaba pavor. Un dia que salió de Tonon mas tarde de lo que solia, extravióse, y despues de haber andado errante por largo tiempo, llegó á media noche á una aldea, cuyas casas se veian todas cerradas. La tierra estaba cubierta de nieve, el viento era terrible, y el frio tan penetrante, que ni los aldeanos ni sus ganados habian salido de casa en aquel dia. Llamó á las puertas, rogando á todos los habitantes en los términos mas patéticos, que no consintieran que muriera de frio; pero eran todos calvinistas, y su criado tuvo la imprudencia de nombrarle, juzgando que á lo menos tendrian alguna consideracion á su ilustre nacimiento. Hubieran perecido sin remedio, si no hubiera dispuesto la Providencia que encontrasen el horno del lugar que estaba todavia caliente. Colocáronse en él como pudieron, hasta que al amanecer volvieron á buscar el camino perdido.

Otro dia que le habia detenido un buen aldeano, que edificado al ver su paciencia quiso que le intruyese al punto en la fé católica, sorprendióle la noche en un bosque con tal oscuridad que no veia donde fijaba los pies. Los lobos, los osos y otras fieras no tardaron en bajar de los montes y dar unos ahullidos tan horrorosos, que aun al ánimo mas osado érale difícil conservar la serenidad. Moríase de miedo el criado, y Luis de Sales, que habia ido con

ellos, y aconsejo antes á Francisco que dificultase la instruccion hasta el dia siguiente, decía que su celo era inconsiderado: solo Francisco con su dulzura y serenidad ordinaria los consolaba, los alentaba, y les afirmaba que no permitiría Dios que pereciesen por no haber arriesgado la salvacion de una alma disfrutándola para un tiempo que siempre es incierto. Por fin salió la luna, y con su luz vieron un edificio arruinado, donde pasaron el resto de la noche debajo de un pedazo de bóveda, que los defendió algun tanto de la inclemencia del tiempo. Quedáronse dormidos Luis de Sales y el criado, rindiéndose al cansancio; pero Francisco, que echó de ver en aquellas ruinas los residuos de una iglesia destruida por los hereges, no pudo cerrar los ojos en toda la noche, ocupada su mente con la idea de los piadosos solitarios que antiguamente entonaban en aquellos desiertos las alabanzas del Señor; de las vírgenes santas que seguian al Cordero immaculado en aquellas selvas espantosas; de los pastores virtuosos, por cuyo medio reinaba la verdadera fé, y con ella la piedad y la inocencia de las costumbres; y por último, con las muchas comparaciones igualmente tristes entre el lustre antiguo de la Religion en aquellos valles, y el deplorable estado á que en ellos se veia reducida entonces.

Mostróse propicio el cielo á tan grande fé y perseverancia, y el dia señalado para la conversion del Chablés amaneció tan de lleno que recompensó al apóstol todos los riesgos á que se habia visto espuesta su longanimidad. Principiaron las conversiones por los domésticos de la fé, cuyos ejemplos buenos ó malos hacen siempre mucha impresion en sus enemigos. La guarnicion de Alinges, encargada de proteger la Religion en sus inmediaciones, estaba muy lejos de abstenerse de todos aquellos vicios que la deshonran. Francisco trató de persuadirla que cuanto mas los obligaba á esponer su vida la profesion de las armas con la cual pretendian autorizar sus costumbres licenciosas,

tanto mas habian de procurar ponerse en estado de no temer las consecuencias de la muerte. El resultado de estas exhortaciones y sus favorables efectos fueron superiores á las esperanzas de Francisco, pues los oficiales y los soldados parecian mas bien religiosos que militares; y el santo director, que sabia mejor que nadie prescribir á cada uno lo que le convenia segun su condicion, empleó solo en prescribirles lo que á la de ellos correspondia. Cuando volvieron á presentarse en Tonon, á donde iban con frecuencia, en vez de la intemperancia y libertinage de que poco antes hacian alarde, en vez de aquellos arrebatos y blasfemias que causaban tanto horror, se les veia mansos, equitativos, modestos y tan mesurados en sus palabras que no parecian ya los mismos hombres.

La admiracion que produjo esta metamorfosis no dejó de redundar en el instrumento de que se habia valido el cielo para llevarla á cabo. Las calumnias con que le infamaban los ministros no pudieron sostenerse ante una refutacion tan persuasiva como la de las obras. Refrescóse la memoria de los buenos ejemplos que daba en todas ocasiones, de su caridad, de su paciencia, de su afabilidad angelical y de los increíbles trabajos que padecia voluntariamente por la salvacion de un pueblo que le pagaba con desprecios y ultrajes. Compararon su modestia y su moderacion con la acrimonia impetuosa y con la grosera dureza de los ministros que solo le contestaban con injurias; y creyeron que siendo este sistema el recurso ordinario de la parte que no tiene á su favor la razon, debia estar la verdad entre los que se portaban con modestia y agrado. Restaba solo destruir algunas preocupaciones, para lo cual bastaba oír al misionero, aunque al principio sin exasperar demasiado á los ministros, cuya dominacion tiránica fundabase aun en el temor y en los respetos humanos; y una casualidad, dispuesta por la Providencia, fue el origen de estas instrucciones.



Francisco recibió la nueva de que habían salido de la ciudad dos caballeros á batirse en reto. Voló al campo de batalla, y viendo que se acuchillaban con furia, arrojóse en medio de ellos esponiéndose á recibir un golpe mortal, y pintóles con tal viveza el abismo eterno en que iban á hundirse, que arrojando las armas, les obligó á abrazarse y los reconcilió perfectamente. Hicieron despues con él una confesion general de toda su vida, y convirtiéronse en unos hombres nuevos. Uno de ellos, especialmente, permaneció tan fiel á los impulsos de la gracia, que renunció el mundo para ocuparse solo en las cosas eternas y se retiró á una casa de campo que tenia cerca de Tonon. Como había servido largo tiempo en los ejércitos con mucho honor, hacíanle frecuentes visitas las personas notables de aquellas inmediaciones y los sugetos mas condecorados de la ciudad. Ejecutábalo tambien Francisco para confirmarle en sus santos propósitos; de suerte que aquella casa fué desde luego el centro de reunion de todos los que querian instruirse, y despues el lugar de conferencias formales.

Los ministros fomentaban la heregía y el odio de los pueblos á la Iglesia romana, desfigurando su doctrina, acusándola de que idolatraba, de que miraba á María como á una divinidad, de que adoraba á los Santos, con sus reliquias é imágenes, de que les daba parte con Jesucristo en el oficio de mediador entre Dios y los hombres, de que blasfemaba de la redencion, y de que destruía la satisfaccion del Redentor con la doctrina relativa á la necesidad de las buenas obras. Francisco mostró con tanta claridad la falsedad de estas imputaciones, que por el Chablés y aun por dentro de Ginebra se esparció la voz de que la vanidad de poder decir que había convertido algunas personas le había movido á aproximarse á la doctrina de los calvinistas, y que había distrazado los verdaderos sentimientos de su Iglesia, la cual condenaría sus opiniones luego que se hiciesen públicas. A este nuevo ardid de la

impostura, pobreza miserable en sí misma, pero capaz de causar entonces mucha impresion en el ánimo de los incautos, debemos el escrito que dió á luz sobre lo ocurrido en aquellas primeras asambleas del Chablés, y redúcese á una explicacion clara y muy razonada de la doctrina católica acerca de los artículos que mas dificultad causaban á los pueblos estraviados por los predicantes. En él ofrecia el autor justificar á la Iglesia romana con la misma evidencia sobre todos los puntos controvertidos, ya fuese por escrito, ó en conferencias, al arbitrio de los ministros; mas estos no tuvieron por conveniente responder al escrito, ni aceptar las conferencias; y esta confesion tácita de su insuficiencia fué en todo el canton un golpe mortal para la autoridad de aquellos falsos doctores.

Nadie se ocultaba ya para oír las instrucciones de Francisco; los amigos llevaban á sus amigos, los padres y las madres á sus hijos, y los amos á sus criados, y la gente de los pueblos acudía en tropel á la ciudad para asistir á sus instrucciones que ya al fin se hacian en público. Había nuevas conversiones todos los días, y los recién convertidos profesaban á su padre en la fé un afecto que comunicaban á los que permanecian todavía en el error. Descubrió por este medio muchas conspiraciones formadas por varios celadores sanguinarios que quisieron sacrificarle á la seguridad de su secta, los cuales condujeron algunas veces con tanto acierto su maquinacion, y se les frustró por unos medios tan inesperados, que lograron que sus groseros secuaces tuviesen por mago á Francisco. Mas la fama de estas maldades solo sirvió para infamar á la falsa religion que las inspiraba. Decíase públicamente que los ministros se valian de la violencia porque no tenían razones que oponer; que sus procedimientos probaban con toda claridad cuán mala era su causa; que si Francisco enseñaba errores, debían de confundirle, mas no asesinarle; que era extraño que á las puer-

tas de Ginebra, baluarte del calvinismo, desafiase á todos sus defensores, sin que hubiese ninguno que osára presentarse en la palestra; y por último, que se engañaban mucho si pretendían se les creyese sobre su palabra, cuando los desmentían todas sus obras.

Un ministro que tenía mas probidad que los otros, fué á conferenciar con el misionero, buscaba la verdad, la reconoció y la confesó generosamente. Valiéronse sus colegas de todos los medios imaginables para hacer que volviese á entrar en su comunión, á la que daba un golpe terrible con su mudanza; mas siendo inútiles todas sus diligencias, pusieronle en una cárcel, atribuyéronle delitos que no había cometido, buscaron testigos falsos, y rayó su iniquidad en el extremo de hacerle morir, lo cual horrorizó á los calvinistas tanto como á los católicos. Un abogado, célebre en todo el país, llamado Poncet, creyó que lo que se procuraba sostener con unos medios tan indignos, podría muy bien haber sido establecido de la misma manera. Buscó, pues, á Francisco, cuya caridad, paciencia, piedad, sinceridad y toda su conducta, tan distinta de la de los ministros, había mucho tiempo que llamaban su atención. Tuvo no obstante largas disputas con él, y se rindió por último despues de haber conocido la frivolidad de todos sus argumentos.

Imitóle el baron de Awlly, hombre de un talento poco comun, y muy instruido en su religion, que profesaba de buena fé, siendo el principal apoyo de ella en toda la provincia. Defendióse mucho tiempo, y quizá esta sola conversion costó tanto al santo misionero como todas las demas juntas. Despues de haber examinado prolijamente y por escrito todos los puntos de controversia, quiso que se enviasen á Ginebra y á Berna, para ver si las soluciones de los mas célebres doctores de su comunión que residían en aquellas dos ciudades, le satisfaciasen mas que las suyas; pero tambien indemnizó á Francisco ventajosamente todas las molestias y trabajos que le había causado, pues

anunció por todas partes, y aun en Ginebra, el día de su abjuracion, y procuró que fuese numerosísimo el concurso. Concurrieron en efecto, con todo el pueblo de Tonon y de sus cercanías, muchos calvinistas de Ginebra, para ser testigos de un acontecimiento que miraban como imposible. Abjuró Awlly con firmeza y resolucion los errores de Calvino, confesó del mismo modo la fé católica, y despues exhortó patéticamente á todo el concurso á que siguiese su ejemplo.

Ya antes de esta célebre conversion la dulce elocuencia de Francisco había atraído á la Iglesia un gran número de sectarios; y un día, entre otros, convirtió seiscientas personas, segun cuentan varios historiadores de su vida, quienes añaden que habló de la real presencia con tanta energía, dignidad y unción, que levantaron la voz los oyentes diciendo que una fuerza irresistible los inducía á confesar y abrazar la verdad (1). Pero desde la abjuracion del baron de Awlly fueron tan copiosos los frutos de salvacion, que no obstante de que Francisco era infatigable, no bastó él solo para cogerlos todos, y fué necesario enviarle operarios. Nunca acabariamos si nos propusiésemos dar aquí una noticia individual de los prodigios de su ministerio, porque la mayor parte de sus historiadores afirman que sacó de las tinieblas del error á setenta y dos mil personas. Había ya algun tiempo que residía de día y de noche en Tonon, despreciando el riesgo continuo á que estaba espuesta allí su vida y las inquietudes de sus parientes, quienes en vista de semejante resolucion le consideraban como un hombre ya muerto; mas cuando llegaron sus colaboradores, estaba ya muy variada la escena; pues había una iglesia católica en Tonon, comparable con las de los tiempos primitivos, observándose en ella la misma firmeza en la fé y la misma pureza de costumbres, sin la cual miró siempre Francisco de

(1) Anon. Vida de San Franc. de Sal. lib. 1.



Sales la profesion esterna como cosa de poca importancia; veíase en ella el mismo espíritu de concordia y una caridad tan afectuosa para con los pobres y enfermos que era la admiracion aun de los hereges mas obstinados. Estableciéronse todos los misioneros con su gefe en Tonon, donde á pesar de las maquinaciones de los ministros y de algunos movimientos sediciosos del populacho, volvió á florecer otra vez el culto católico del mismo modo que en todo el Chablés.

Cuando supo el Papa unos progresos tan inesperados creyó Su Santidad que no habia ninguna cosa superior á las fuerzas de Francisco y así le dió comision para que fuese á Ginebra á conferenciar con Teodoro Beza, casi tan célebre como Calvino, y emplease todos los medios posibles para volverle al gremio de la Iglesia en que habia nacido. No era segura ni fácil la ejecucion; pero estas consideraciones nunca detuvieron á Francisco de Sales cuando se trataba de la gloria de Dios. Lleno de fé y de valor púsose en camino lo mas pronto que pudo para ir á Ginebra. Llegó por fortuna á casa de Beza en ocasion en que estaba solo este ministro. La agradable fisonomía del Santo, su aire de candor y de rectitud, y sus primeras palabras, que manifestaron del mismo modo la franqueza de su corazon, causaron una impresion extraordinaria en Beza, quien no le habia visto hasta entonces. Este ministro, que, prescindiendo del espíritu de secta, tenia tambien bastante franqueza, experimentó, con respecto á Francisco, aquella inclinacion simpática que sentimos á favor de nuestros semejantes, y no pudo menos de tener cierta confianza en él. Conferenciaron largo tiempo, y siempre con mucha moderacion. A pesar de las acusaciones de corrupcion y de idolatria con que denegó Beza á la Iglesia romana, confesó que era posible salvarse en ella. En otras muchas cosas dió á entender que estaba poco distante de las máximas católicas; pero sobre todo no pudo ocultar las agitaciones de su corazon y los remordi-

mientos de su conciencia. Despues de esta primera visita, que dió buenas esperanzas á Francisco, hizole Beza muchas instancias para que regresase á su casa. Volvió en efecto hasta tres veces, pero sin adelantar mucho mas que en la primera, á lo menos en orden á la salvacion de aquel infeliz apóstata. En cuanto á la verdadera fé, nunca fué mas visible su triunfo que en la cuarta visita, en la que Beza con los ojos tristemente bajos, atormentado de remordimientos el corazon y guardando profundo silencio sin responder siquiera una palabra á los argumentos mas apremiantes, anunció que reconocia la verdad, pero que estaba ligado al error con unos lazos que jamás se habrian sospechado en aquel viejo casi octogenario.

Dícese que estando en Ginebra con motivo de asuntos del Real servicio el gobernador de Montargis Mr. Des-Hayes, contrajo una familiaridad íntima con aquel ministro, contribuyendo á ello el buen humor de uno y otro (1). En una de aquellas conversaciones alegres en que suele tener poco lugar la reserva, preguntóle Des-Hayes qué causa podia haber para que un hombre como él fuese tan adicto á la triste reforma de Calvino. Levantóse Beza sin responder, y trayendo una jovenita muy hermosa que estaba en un cuarto inmediato: «hé aquí (dijo) lo que me convence de la bondad de mi religion.» Poco despues fué acometido este infeliz de la enfermedad de que perdió la vida. Estando próximo á morir, quiso volver á hablar con San Francisco de Sales; pero estaba ya llena para él la medida de la divina misericordia. Los ginebrinos, á quienes se habian hecho muy sospechosas aquellas visitas, observaron con tanto cuidado á Beza y á Francisco, que no les fué posible volver á verse. Afirmase, sin embargo, que poco antes de espirar se arrepintió Beza de su apostasia y retractó sus errores; mas habiendo muerto en poder de los calvinistas, no se añadió á sus escritos sino un testimonio de su arrepentimiento.

(1) Anon. lib. 4, c. 1.

vina cómo pudieron adquirirse unas noticias tan difíciles de saberse y que necesitan confirmarse con las pruebas mas decisivas.

Habiendo llegado al fin en Tonon á ser superior el número de los católicos al de los calvinistas, el primer síndico, que habia abjurado tambien sus errores, escribió, en nombre del ayuntamiento, al Padre comun de los fieles, para rendirle homenaje, y rogarle que mirase á sus conciudadanos como á los hijos mas respetuosos de la Iglesia. El obispo de Ginebra pasó á la mision acompañado de varios jesuitas, capuchinos y eclesiásticos seculares, destinados al gobierno de las parroquias que debian establecerse, porque no se trataba ya de que volbiesen á entrar en el seno de la unidad unas cuantas personas particulares, sino de que iban á abjurar pueblos enteros de todos los cantones del Chablés y de los tres baillatos. El duque de Saboya, que quiso asistir en persona á una ceremonia tan interesante, tuvo el consuelo de ver el concurso de las parroquias de Bellevaux, y San Sergue, en número de trescientas personas cada una, y muchos mas vecinos de varias aldeas del pais de Faucigny. Deseando el piadoso obispo hacer por sí mismo todas las reconciliaciones, convenciéndose muy en breve de que era obra superior á sus fuerzas, y vióse obligado á nombrar para este ministerio una porcion de eclesiásticos seculares y regulares. Para que nada faltase á la pompa de un espectáculo tan santo, dispuso la divina Providencia que tambien se hallase en él un legado de la Silla apostólica, lo cual contribuyó mucho, no solo á la celebridad, sino tambien á la solidez de la conversion de aquellos países. Al regresar el cardenal de Médicis de su legacia de Francia, tomó el camino de Tonon, donde encontró al duque de Saboya, y le habló con tanta energia contra las peticiones que así Ginebra como los suizos protestantes iban á hacerle en orden á los asuntos de Religion, que despreció aquel príncipe todas las consideraciones políticas que

no se conciliasen con los intereses de la fé.

Espidió un edicto, por el cual mandaba que desde su publicacion no habia de permitirse otro ejercicio público de religion en el Chablés y en los baillatos, que el de la Religion católica romana; que todos los ministros habian de salir para siempre de aquellos países; que los habitantes que persistiesen en el calvinismo quedaban privados de los empleos públicos; que habia de hacerse una exacta averiguacion de las rentas de todos los beneficios usurpados, á fin de emplearlas en la reparacion ó reedificacion de las iglesias y en la subsistencia de los párrocos y misioneros, y que al momento se habia de fundar en Tonon un colegio de jesuitas.

Antes de la ejecucion de este edicto, quiso el príncipe tentar todavía un medio poderoso para limitar su severidad al menor número de vasallos que fuese posible. Mandó á todos los protestantes que concurriesen á la casa de ayuntamiento, á donde se trasladó él mismo, en medio de dos filas de soldados, que se apoderaron al propio tiempo de las puertas y plazas de la ciudad. Despues de poner á la vista de aquellos hombres obstinados todo lo que se habia hecho por su salvacion, les dijo que habian tenido bastante tiempo para tomar una resolucion acertada; que al fin era necesario declararse, y que los que quisiesen abrazar la Religion de su príncipe, se colocasen á la derecha, y los demas á la izquierda. Colocáronse los mas á la derecha, pero aun quedaron algunos bastante notables á la izquierda. Volviéndose el príncipe á los primeros les dijo que en lo sucesivo los miraria como á sus dignos vasallos y que debian prometerse de su benevolencia todo género de favores. Lanzando despues una mirada de indignacion á la izquierda: «¡Con que vosotros (les dijo) osais declararos en mi presencia enemigos de vuestro Dios, y de vuestro príncipe! Marchad: huid de aquí, os despojo de todos vuestros cargos, y os destierro para